

Resurget

Lisett Tapia Lozano

—¿No sería maravilloso que las rosas vivieran por siempre? —susurró Fritz al oído de Myrthas, con un lento siseo que le provocó escalofríos por todo su frágil cuerpo. Por su parte, ella no supo responder, sólo le devolvió una mirada de divertida confusión.

La música inundaba el salón. La pequeña orquesta de cuerdas se dedicó a interpretar un nuevo vals. Fritz pasó su brazo por la estrecha cintura de Myrthas, mientras entrelazaba su mano derecha a la de ella. Su fija mirada de ojos grises no demandaba una respuesta a sus anteriores palabras, tan sólo quería desahogar ese pensamiento, iniciado, quizá, por el vestido rojo de Myrthas, por su piel brillante y pulida —casi de porcelana—, por su cabello negro cual ónix u obsidiana, por sus labios rojos y ojos tan verdes como la más hermosa de las primaveras. Todo ese despliegue de frescura y belleza, cual primera rosa de temporada, atrajo numerosas y diversas miradas de los invitados desde su llegada a aquel palacete. Las mujeres examinaron a Myrthas con envidia mal disimulada y sonrisas fingidas. Los hombres, sonrientes también, translucían que quizá, de tener oportunidad de estar a solas con la joven, no la dejarían pasar. Además de que ambos grupos se cuestionaban seriamente sobre si ese hombre que la acompañaba sería de verdad su novio o prometido, dado el contraste de ambos: él, pálido, delgado, usando un frac negro que parecía que le iba unas tallas más grandes, con mirada cansina y cabello un tanto descuidado, al igual que su barba. Pero la muchacha tan sólo tenía ojos para ese caballero, sin importarle lo demás. La mirada que le dedicaba era de un afecto genuino. Eso, ni con todo el oro del mundo, se podía fingir.

Myrthas volvió a sonreír sinceramente. Una sonrisa brillante que no pasó por alto para ningún par de ojos a los alrededores. Posó su mano sobre el hombro de él y ambos comenzaron a bailar de nuevo en sincronía con el resto de los invitados.



FAVORITE SUBJECT

Potion Making



Herbology



—A veces dices cosas que... —comenzó a decir Myrthas después de que su cabeza terminara al lado de la de Fritz tras varios giros; fue evidente para él notar que a la joven no le faltó el aliento para poder acabar la frase, sino, más bien, las palabras.

—¿...son locuras? —concluyó él por la muchacha, con el mismo tono suave con el que acostumbraba hablar.

—No, no son locuras —repuso ella—. Simplemente no puedo...

Un nuevo giro hizo que continuaran bailando y sin hablarse hasta el final de la pieza, la cual terminó varios minutos después entre efusivos aplausos. Mientras aquella algarabía de risas y vitoreo se extinguía poco a poco y un nuevo vals nacía, Myrthas y Fritz salieron del salón, buscando algo de tranquilidad en alguno de los amplios y solitarios balcones del viejo edificio señorial, propiedad de un club al que Fritz había accedido poco tiempo atrás debido a su nuevo empleo.

Hallaron uno, más al sur de la finca, ubicado frente a un jardín y una fuente. No había luna, aunque, de igual modo, Fritz no habría mirado a nada del exterior. La joven le sujetaba la mano suavemente al tiempo que paseaba su vista sobre cada detalle del jardín: la fuente —dos querubines de mármol exquisitamente cincelados—, los árboles y flores que apenas se veían por la tenue luz interior del edificio en donde se encontraban.

Tomaron asiento sobre una banca de piedra, el uno frente al otro. Ella volvió a sonreírle, aún sonrojada por el baile.

—¿Te has cansado? —preguntó Fritz, sin soltar su mano—, ¿de-seas que nos vayamos ya?

—No, no es necesario —respondió Myrthas rápidamente, negando también con su cabeza—. Estoy bien. Todo es encantador: la música, la gente, el salón, incluso esta vista. Y tú, no podría estar más contenta contigo.

Se hizo el silencio entre caricias y besos, Fritz contempló a Myrthas con más atención, como si pretendiera descubrir algo que ella se esforzaba en ocultar; había comenzado a sonreír junto a su compañera, pero se detuvo.

—Hace tiempo que no acudíamos a algún baile como éste. Y tal y como la última vez, no pasas indiferente.

Myrthas rio, apenada. Pero la mirada de él se había oscurecido al continuar, al igual que su voz:

—Y temo que pueda terminar igual que aquella ocasión. Por eso, querida mía, si de verdad no te encuentras bien, no aparentes fortaleza, yo comprendo perfectamente si tú...

—No soy tan frágil como piensas, Fritz.

Atrás había quedado la sonrisa de la muchacha, remplazada por un gesto de desprecio. Myrthas interrumpió al joven, retirando su mano de la de él, lanzándole ahora una mirada severa.

—Parece que no te alegraras por mí y no me desearas otra cosa que “ese mal”. Y en lugar de pasar una velada tranquila, te dedicas a recordarme algo tan desagradable...

—Me preocupo, eso es todo —respondió él, bajando la mirada, visiblemente abatido—. Nunca pretendí causarte molestias. Me disculpo...

—Es algo tarde para disculpas. Eres imprudente —dijo Myrthas, con voz cortante—. Mide tus palabras la próxima vez. Hace unos momentos me hablabas sobre las rosas y ahora sobre cosas nefastas. Así que, dime, ¿para qué me has traído hasta aquí?, ¿para decirme algo de verdad importante o desearme cosas tan malignas?

Se puso de pie rápidamente, fulminando a su compañero con sus ojos verdes. Fritz lanzó un suspiro. Levantó a su vez sus tristes ojos grises hasta el rostro de ella, pero no pudo soportar su mirada por mucho.

—Nada importante —aseguró, con una sonrisa penosa—. Volvamos al baile.

Myrthas se dio la vuelta sin decir nada más y avanzó por el pasillo que momentos antes había recorrido para llegar al salón principal. Fritz tardó unos segundos más en seguirla. Se puso de pie despacio. Volvió a suspirar, mientras miraba el cielo nocturno por un momento, y luego cerró los ojos. Todo estaba en calma. Ningún ruido se podía escuchar, salvo el de su propia respiración y los latidos de su corazón. Y entre aquella oscuridad, sus pensamientos recobraron el orden.

—Tiene razón. Me preocupo por nada. Además, no debo alterarla —dijo para sí.

Se está corrompiendo...

—De ninguna manera —susurró el joven, con una repentina convicción en su voz—. Todo está bien.

Abrió los ojos y siguió a Myrthas con paso seguro. Recorrió el pasillo alfombrado y en poco tiempo estuvo también en el salón de baile. Buscó a su compañera con la mirada. Avanzó aminorando el paso entre aquella gente ajena a sus pensamientos, mirando a todas direcciones, hasta que finalmente, en la segunda planta, cerca de la baranda de mármol, vislumbró un amplio y brillante vestido rojo como una señal.

Myrthas estaba ahí, dándole la espalda. Tenía una bebida ámbar en su mano derecha y ella conversaba alegremente con tres muchachas y un caballero.

Fritz siguió andando hasta las escaleras, pero antes de subir los últimos escalones, unos gritos se escucharon. La música paró y la gente de la planta baja levantó la vista a un punto sobre el que Fritz acababa de mirar, y éste, sin pensar en su antigua acción y más por instinto, elevó sus ojos hacia Myrthas y vio cómo su peor pesadilla se hacía realidad. Su piel pasó de pálida a gris.

—¡Myrthas! —exclamó con desesperación al ver a su compañera tendida en el suelo. Los invitados comenzaban a juntarse alrededor de ella.

Fritz subió de prisa los escalones que le faltaban, tropezando un par de veces. Cuando llegó con Myrthas, apartando sin cuidado a la gente, se inclinó hasta ella, sosteniendo su frágil cuerpo entre sus brazos.

—¡Myrthas! —dijo desesperado, mientras medía el pulso de una de sus muñecas—. ¡Abre los ojos! —Pero era inútil y lo sabía.

—Caballero —le dijo un hombre a sus espaldas—. Yo soy médico, puedo ayudarla si usted permite que llevemos a su novia al Hospital Real en este momento.

—Es mi esposa —aclaró Fritz fríamente, mirando a aquel hombre y con Myrthas aún en sus brazos—. Y no, no es necesario llevarla a un hospital. Yo también soy médico. Con llevarla a casa será suficiente.

Su interlocutor asintió, algo contrariado. Juzgó que enfadarse más por algo tan trivial como el estado civil no venía a cuento ante un desmayo. Pero no era momento de discutir prioridades. Se hicieron voces entre los presentes:

—¡Preparen un coche! ¡Pronto!

—¡Ayuden al caballero a llevar a su esposa!

Entre la servidumbre y voluntarios, además de Fritz mismo, transportaron a la joven con extremo cuidado hasta el exterior del recinto, donde un carro tirado por dos corceles negros ya esperaba a la pareja y al médico. Fritz había accedido, sin mucha convicción, a que aquel hombre vigoroso y elegantemente vestido los acompañara para cerciorarse de que no había peligro.

—Mi nombre es Henry Stern —se presentó aquél, mientras recorrían las oscuras calles de la ciudad—. Soy interno en el Hospital Real y por tal, si usted precisara de más ayuda para auxiliar a su esposa, no sería ninguna molestia de mi parte.



Atando cabos, Elsa Nidia Mauricio Balbuena.

—Créame, no será necesario. Nunca ha sido precisa más intervención que la mía —replicó Fritz, con una sonrisa amarga—. Aunque se lo agradezco.

—Entonces, ¿esto ya ha ocurrido antes? —preguntó Henry, asombrado.

—Así es —respondió vagamente su interlocutor, restándole importancia al asunto.

—¿Y a qué se deben estos desvanecimientos de su esposa?

Fritz miró a Myrthas en silencio, como si hubiese caído en trance o posiblemente no hubiera oído la pregunta. El mutismo duró casi un minuto y justo cuando Henry creía que el joven no le iba a responder, Fritz dijo por fin, con voz distante:

—Son accesos de debilidad. Ella ha estado delicada desde hace algunos años atrás, después de casarnos. Sólo yo sé cuidarla y tratar su mal. Mi nombre es Fritz Morgen, por cierto, y mi mujer Myrthas Morgen.

Henry escuchó aquellas palabras mientras miraba a la joven desmayada y al muchacho, respectivamente, y entre más meditaba lo dicho por Fritz, más preguntas nacían en su interior: ¿qué era exactamente ese mal?, ¿cómo era que lo trataba?, y sobre todo, si eran marido y mujer, y ese hombre era médico como él, ¿cuál era la edad de ambos?

Se veían jóvenes, muy jóvenes. A Henry le había costado siete años de su vida ser médico y, a sus treinta y dos años, no llevaba ni un lustro ejerciendo, pero por su buena capacidad y aptitud, su estancia en el Hospital Real había sido inmediata. Ahora bien, aquel médico que tenía delante, aunque de apariencia cansina, no debía superar los veintidós años, quizás; y ella, ¿diecinueve?, ¿veinte, tal vez? Algo no terminaba de convencerlo, pero debido a lo preocupante de la situación, no preguntó más.

El recorrido terminó un par de minutos después, en medio de un tenso silencio que ninguno de los dos hombres se atrevió a romper, salvo para hacer observaciones de la enferma, la cual continuaba lívida y sin dar ninguna señal de que fuera a despertar pronto. El coche recorrió las calles por el sur hasta que hizo alto delante de una casa de dos plantas, misma que a Henry le pareció que debía tener años sin ser habitada, debido a lo descuidado del jardín exterior. Luego de esta rápida observación, entre el cochero, Fritz y Henry, transportaron a Myrthas hasta el interior de la casa y de ahí a un dormitorio de la planta baja que indicó Fritz. Una vez recostada, el cochero salió a la espera de nuevas órdenes,

pero el médico se había quedado en la habitación de la enferma un momento más. No vio cuándo había salido el anfitrión. Se había quedado solo con la enferma.

Al acercarse a un costado de la cama donde reposaba Myrthas, le pareció que la muchacha estaba todavía más pálida que antes, ¿o sería un efecto de luz? De ser así, la lámpara que ahora la iluminaba, lo hacía terriblemente: ¿o acaso no parecía que sus ojos estuvieran hundidos? Y eso era algo que sólo ocurría horas después de...

Su corazón dio un vuelco. Henry se apresuró a poner una mano sobre la frente de Myrthas. No tenía fiebre, o lo que era peor, estaba fría. Su mano bajó hasta el cuello y con su dedo índice y medio se propuso encontrar el pulso en sus arterias.

—Caballero —exclamó Fritz de pronto, haciéndolo retirar su mano de Myrthas.

Luego de haber encendido algunas luces, Fritz había salido a otra área de la casa un momento, y ahora, como una sombra, volvió rápida y silenciosamente a donde estaban su esposa y Henry.

—Muchas gracias por su ayuda y su preocupación —dijo el joven, dirigiéndose a Henry con un gesto más conmovido—. Y me disculpo si fui grosero con usted.

—No se preocupe por eso —Henry replicó a su vez con sonrisa bondadosa—. Comprendo perfectamente. ¿Está seguro de que no necesita mi ayuda?

—Absolutamente —aseguró Fritz.

—Entonces, me retiro —dijo el médico, dando una última mirada a la muchacha. Luego, tendiendo la mano a Fritz, añadió—. Le dejaré una tarjeta con las direcciones del hospital y mi domicilio particular, por si gusta acudir por ayuda a cualquier hora del día o de la noche. No lo dude, estoy a su servicio.

—Se lo agradezco y espero no sea necesario...

Henry sacó del interior de su bolsillo un lápiz y un libro pequeño donde escribió enseguida su nombre y las direcciones prometidas. Luego, arrancando la hoja, se la entregó a Fritz, el cual la tomó, la dobló por la mitad y la dejó en su mano, mientras el médico volvía a despedirse.

Fritz lo acompañó a la puerta. Vio a Henry abordar el coche y a éste hasta que se alejó al doblar una calle. Y cuando el silencio reinó de nuevo, el joven entró a su casa, borrando de su cara cualquier rastro de tranquilidad o amabilidad. Sin mirar la hoja de su mano, la

rompió en pedazos, esparciendo los fragmentos por el suelo de madera, mientras avanzaba hasta la habitación donde Myrthas se hallaba.

Por lo menos sabes dónde está el Hospital Real... Y no has olvidado el nombre de ese doctor...

—No lo necesito —dijo Fritz con voz seca.

Llegó a la cama y examinó a Myrthas atentamente unos segundos, como estudiándola. Y sin más puso manos a la obra.

De un cajón del buró del lado derecho de la cama sacó varios instrumentos médicos y frascos vacíos que fue colocando en la superficie del mueble de forma mecánica. Luego, tras ponerse de pie, salió del dormitorio para ir a otra habitación en la planta baja.

Al lado de la cocina abrió y cerró tras de sí otra puerta, en cuyo interior —una habitación pequeña y sin ventanas— había una especie de laboratorio improvisado en el fondo del muro más amplio. Una lámpara iluminaba el lugar, al igual que un mechero bajo un matraz que calentaba un líquido verdoso y transparente que despedía numerosas burbujas.

Fritz volvió a manipular más cajones, frascos, líquidos... Puso en el mechero otra sustancia violeta que despidió un aroma dulce a los pocos minutos de haber aumentado su temperatura.

No deberías añadir más de dos onzas esta vez...

—Son tres... —respondió Fritz, sin apartar la mirada de dos tubos de ensayo y un tercero que manejaba con su precisa mano.

O mejor... No deberías estar haciendo todo esto...

—Tres onzas... —susurró Fritz.

El joven salió de la habitación con la rapidez de quien recuerda algo de súbito. Recorrió un pasillo iluminado con una nueva luz y llegó hasta una estancia donde había dos baúles abiertos y un tercero cerrado, además de numerosos libros esparcidos por el suelo y en otros muebles de apariencia descuidada. Se acercó hasta el diván, de cuya cabecera tomó un grueso volumen muy viejo. Abrió las páginas sin mucho cuidado, mientras sus ojos recorrían renglones y párrafos a gran velocidad y murmuraba nuevamente:

—Alcanfor... Respirará... Extracto de... Siete gotas... Siete... Dos, tres onzas...

Leyó rápidamente un par de páginas más sin parecer convencido. Luego, cerró el libro y lo dejó sobre una mesa a varios pasos del diván. Abrió un segundo volumen parecido al primero y hojeó las viejas páginas de manera frenética, esta vez en silencio.

No creo que esté ahí tu respuesta...

—Cuatro onzas —concluyó Fritz, enfadado.

Dejó el libro sobre la mesa sin cerrarlo y volvió a la habitación donde ya hervía una tercera fórmula sobre el mechero.

Fritz retiró del fuego el pequeño matraz con ayuda de unas pinzas y vació el contenido sobre un vaso graduado. Ahí mismo vació los tubos de ensayo con ayuda de un agitador de vidrio. Complacido, advirtió que la medida llegaba a las cuatro onzas.

Un minuto después, tomó el vaso y lo llevó hasta la habitación donde se encontraba Myrthas. Lo colocó sobre el buró y, de nuevo, manipuló los instrumentos que momentos antes habían estado guardados.

Se ve tan tranquila... ¿no lo crees?

Fritz miró brevemente el perfil de Myrthas. Recostada, con su cabeza sobre la almohada, parecía un ángel o aquella princesa que durmió por tantos años, a la espera de un beso que la volvería a despertar de ese sueño fatal. Ese condenado sueño.

—Sí... —susurró con tristeza el joven. Y volvió a su tarea.

Déjala ir...

El muchacho sintió un nudo en su garganta, pero continuó trabajando.

Déjala ir...

Una lágrima resbaló por la mejilla de Fritz, pero no abandonó su labor.

Déjala...

—Pero es tan bella... Tan magnífica... —dijo, con voz ahogada, mientras se le nublaba la vista.

Por piedad, Fritz... Déjala...

—Sé que puedo hacer un poco más... Puedo...

Más lágrimas caían de su rostro y goteaban en el suelo. Le temblaban las manos. Se aflojaron sus rodillas. Pero no quería parar. No debía hacerlo. No ahora...

Fritz...

—¡CÁLLATE YA, MALDITA SEA! ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE!
—gritó, soltando de una vez los instrumentos. Se cubrió las orejas con ambas manos mientras cerraba los ojos y continuaba intensamente—.
¡ES MÍA! ¡ELLA ES MÍA!

No volvió a escuchar aquella voz grave cuando bajó las manos. Fritz se limpió los ojos con ayuda de las mangas de su camisa. Luego,

cuando dejó de temblar, continuó con su tarea. Y con un último suspiro, exclamó:

—Es mía...



Myrthas avanzaba por los pasillos de la casa. Iba de la cocina al comedor, canturreando. Estaba de buen humor. Fritz, por su parte, estaba en la estancia. Hacía tiempo que no acomodaba los libros desde la mudanza, así que, aprovechando su día de descanso, comenzó la mañana quitando el polvo de los muebles y tratando de dar un orden a la habitación que le fuera más conveniente.

Myrthas ya se había acostumbrado a ver todos esos libros e instrumentos que su esposo empleaba para su trabajo, aunque no comprendía el uso de todo aquello. Tan sólo pedía que Fritz terminara todo ese arreglo de una vez, tal y como ya lo había hecho con el pequeño laboratorio ubicado al lado de la cocina.

Llevaban viviendo en aquella casa dos meses, y entre su trabajo y otros acontecimientos, Fritz no había tenido tiempo de ocuparse de varios deberes hogareños, como contratar a un jardinero que quitara todas las hierbas secas del jardín frontal, pero eso no era urgente a su juicio.

—Querido —llamó Myrthas desde el comedor—. Ya está servida la comida.

—Voy enseguida —respondió Fritz, sin levantar la vista.

Abrió dos de los baúles y dentro colocó varios de los numerosos libros. Las repisas y el librero, aunque amplios, ya estaban casi llenos, así que el joven decidió que esos últimos volúmenes, los que usaba más, ocuparían los baúles. Y en aquel momento, al abrir el tercero, cuya llave guardaba en el bolsillo de su chaleco, se topó con un montón de papeles que revisó rápidamente, tan sólo para cerciorarse de que estaban completos. Lo primero que vio fue un retrato: su padre, el respetable doctor Wagner Morgen, muerto ocho años atrás. Todos aquellos libros que ahora Fritz guardaba habían sido suyos. De su madre no recordaba ni conservaba nada, salvo su nombre: Elsa Morgen. La había perdido cuando contaba con menos de un año, y su padre no le hablaba mucho de ella. Fritz tan sólo había conocido y amado a una mujer en su vida. Otro retrato, de Myrthas. Lo examinó a conciencia. No podía negar que en aquella fotografía la joven lucía esplendorosa, es decir, no estaba tan

delgada como ahora, y pese a que el retrato estaba a blanco y negro, era fácil adivinar que su piel debió tener colores lozanos. Ahora, quizás esos tonos grisáceos de la imagen eran los que tenía siempre. Pero eso era lo de menos. Seguía siendo bella ante sus ojos y él aún la amaba como entonces, quizá más. Fritz sonrió orgulloso.

—De no ser por mí...

El resto no eran más que documentos. Y Fritz sabía lo que decía cada uno de ellos con sólo mirarlos. Su sonrisa se ensanchó con el que estaba al frente de todos: un certificado de matrimonio de ocho años atrás. El juez que los casó había dicho que se veían muy jóvenes para sus edades (se presentaron ante él con trece y quince años, respectivamente), pero, dado que Myrthas había huido de casa y Fritz ya no tenía más familia, consideró que el honor de la muchacha debía ser restituido con el apellido de su marido.

Dentro del baúl también había constancias y recetas de médicos y hospitales que advertían de la presencia de la tisis; más recetas de diversos laboratorios, más cuentas de hospitales y droguerías, hasta llegar al recibo de los servicios funerarios y un certificado de defunción a nombre de Myrthas Morgen, de cinco años atrás. Si por Fritz hubiera sido, habría tenido ese papel enmarcado y colgado en medio de la sala. Pero no quería perturbar a Myrthas. Algún día se lo explicaría.

Acomodó, pues, los últimos libros dentro de ese baúl que cerró con llave, la cual escondió en un jarrón que colocó hasta el fondo de un compartimento del librero, fuera del alcance de cualquier curioso o de su esposa.

Suspiró tranquilo. Miró a su alrededor. De verdad le gustaba la casa. Esperaba poder quedarse un tiempo más ahí. Además, todo estaba bien. Su trabajo en la morgue del Hospital Real le permitía hacer todas las pruebas que quisiera. Y lo que era mejor: no se había topado con el entrometido de Henry Stern. No le había agradado ese sujeto; había sido el primero y único en mirarlo de forma extraña cuando le dijo que era médico. Porque lo era. Su apariencia no tenía nada que ver con el conocimiento. Fritz había memorizado todos los libros que su padre le había heredado, así que, a su vez, ser médico no era más que presentar un documento donde constataban sus estudios. Había comprado dicho documento años atrás, e incluso su acta de nacimiento tenía más años de los que en realidad había cumplido. Formalidades para que lo dejaran ejercer en paz.

—Fritz —insistió Myrthas, sacándolo de sus pensamientos.
—Voy, ya voy, querida.



El Hospital Real ofreció un nuevo baile para sus beneficiarios y médicos. Myrthas lucía un nuevo vestido rojo y, como siempre, levantaba comentarios de exclamación entre los presentes. Estaba un tanto más delgada desde el último baile, pero, gracias a Fritz, recuperó el color y la fuerza. Hasta donde ella sabía, él la había curado de la tisis y sus recaídas. Era maravilloso tener un médico en casa. Fritz, a su vez, henchido de orgullo, la miraba, satisfecho y sonriente. Y pensó: “Definitivamente, cinco onzas es la medida”.

¿La medida del alma?

La abrazó mientras comenzaban a bailar nuevamente y le susurró al oído:

—Es maravilloso que las rosas vivan por siempre...

